



Por el autor de *El hombre que cambió su casa por un tulipán*

FERNANDO  
TRÍAS DE BES

# EL GRAN CAMBIO



CLAVES Y OPORTUNIDADES  
DE UNA NUEVA ERA

FERNANDO TRÍAS DE BES  
**EL GRAN CAMBIO**

Claves y oportunidades de una nueva era

temas de hoy.

# ÍNDICE

<b>Introducción</b>	<b>15</b>
---------------------	-----------

## Primera parte

### **RASGOS CLAVE DEL GRAN CAMBIO**

<b>I. SUPERGLOBALIZACIÓN PREMATURA</b>	<b>57</b>
<b>WOKONOMÍA</b>	<b>59</b>
Wokonomía oriental: la superglobalización de bienes y servicios	60
Wokonomía occidental: la superglobalización de la distribución	80
<b>WIKINOMÍA</b>	<b>90</b>
Wikinomía por sustitución directa	95
Wikinomía por eliminación pasiva	109
<b>PIRATAS</b>	<b>111</b>
La magnitud del fenómeno	120

Los aceleradores son los mismos que la globalización: China e internet	121
<b>2. NEOENDEUDAMIENTO EXCESIVO</b>	<b>125</b>
¿POR QUÉ «NEO»?	125
Novedad #1: los países ricos son los más endeudados	126
Novedad #2: el nivel de endeudamiento occidental es históricamente alto	128
Novedad #3: una nueva relación de acreedores y deudores	130
Novedad #4: la banca occidental está atrapada	133
Novedad #5: no hemos traducido las deudas en riqueza	133
Novedad #6: amortizar deuda implicará contracción económica	136
Novedad #7: seguimos necesitando más crédito	137
¿POR QUÉ EL NEOENDEUDAMIENTO ES PARTE DEL GRAN CAMBIO?	139
El final de la era financiera	140
El retorno a la economía de la realidad	147
<b>3. NEGLITOCRACIA Y CORRUPCIÓN</b>	<b>151</b>
Neglitocracia internacional	155
A nivel comunitario	161
Los bancos centrales	165
España	167
La puntilla: la corrupción	175
La representación social defraudada	180

Segunda parte  
**LOS PROTAGONISTAS DEL GRAN CAMBIO**

<b>4. CIUDADANOS Y FAMILIAS</b>	191
CIUDADANOS	192
La revolución cívica	192
La política tras el gran cambio	204
Una sociedad más y más solidaria	208
Intercambio, trueque, bancos de tiempo	212
Estructuras productivas colaborativas	216
El trabajo y el ciudadano tras el gran cambio	221
FAMILIAS	228
¿Qué entendemos por familia?	228
Economía familiar	230
Educación y valores	241
<b>5. EMPRENDEDORES DE UNA NUEVA ERA</b>	245
Aceleración exponencial de los cambios	248
Liquidez de las estructuras	252
Democratización masiva	256
Reaprovechamiento: del pagar por tener y el consumo individual al pagar por utilizar y el consumo compartido	258
La sobreinformación como oportunidad	261
La expansión de las redes sociales	266
Personalización y producción propia	269
La digitalización total y la consecuente necesidad logística	273
<b>6. DETENER LA SANGRÍA</b>	277
CUESTIONES PREVIAS	278
Pregunta equivocada: ¿cuándo acabará la crisis?	278

La desaparición del espacio intermedio	283
Empezar de cero o redimensionar el negocio	289
«Horizontalización» de la demanda	297
DECISIONES DE URGENCIA, EL CORTO PLAZO	301
Estrategias de conservación	301
Estrategias de crecimiento	321
REINVENTAR EL NEGOCIO	329
Reducir esfuerzos de los clientes	331
Atacar sectores adyacentes menos afectados por la crisis	333
De producto a servicio o de servicio a producto	336
Internacionalización	339
Innovar, innovar e innovar	341
<b>Epílogo. Más Darwin y menos Keynes</b>	<b>345</b>

Comprender la crisis a través de los medios de comunicación se ha convertido en un reto más difícil que el de Tom Cruise en *Misión imposible*.

La información económica que recibimos en los medios de comunicación aborda un elenco de temas tan variados y diversos que perfectamente podríamos elaborar con los titulares de los informativos un programa universitario de estudios para una asignatura de macroeconomía.

No tenemos más que leer los principales titulares de la sección de economía de un día cualquiera. Reproduzco a continuación los de la sección de economía de *El País*<sup>4</sup> del 7 de enero de 2013, día en que me hallo escribiendo estas líneas:

- «El empleo en la banca retrocede al nivel que tenía hace 35 años».

---

4. Me centro en las noticias macroeconómicas (omito las microeconómicas).

- «La crisis financiera costará unos 45 000 millones a los ciudadanos.»
- «La reforma laboral impulsa los despidos individuales pactados.»
- «Los inspectores acusan al Banco de España de alterar sus conclusiones.»
- «La banca europea sube en Bolsa tras el aplazamiento de Basilea III.»
- «Las familias reducen la compra de comida por falta de dinero.»
- «Expertos alemanes recomiendan a Merkel un cambio de estrategia.»

Esto para un solo día en un mismo periódico. La disparidad y número de temas sobre los que estamos recibiendo noticias económicas son incluso mucho mayores: que si el abismo fiscal americano, que si la deuda de los Estados Unidos, que si las calificaciones de las agencias de *rating*, que si el PIB y el desempleo, que si los rescates de miles de millones de euros (cantidades sobre las que ya hemos perdido todo punto de referencia), que si las decisiones del Banco Central Europeo, que si el comportamiento de las bolsas, que si la inflación, la prima de riesgo, la evolución del crédito, el banco malo, los precios de los pisos, las reformas estructurales, y un largo etcétera.

El lector de a pie ignora a menudo cómo enmarcar cada noticia en el conjunto de las que leyó los días previos, verá al día siguiente o en los sucesivos. Es un maremágnum tal que resulta muy difícil extraer una conclusión o, cuando menos, situarse.

Además, nos enfrentamos a una creciente tendencia a la brevedad que se observa en todo tipo de comunicación, y muy especialmente en la de masas. Las redes sociales y el moderno consumo de medios han propiciado que la información se fragmente en forma de *bits* breves y sucintos; se persigue la economía (valga la redundancia) de palabras y explicaciones.



Una vez leído un titular, el desarrollo o cuerpo de la noticia aporta poco más porque el espacio del redactor es pequeño y limitado. Explíquemelo y hágalo rápido, es lo que siente el periodista que le piden, dado que dispone de un folio donde a duras penas tendrá espacio para el «quién», «cómo», «cuándo», «por qué» y «dónde» con los que le instruyeron en la Facultad de Periodismo. Con algo de suerte, añadirá un fragmento de una frase entrecomillada de algún experto, la comparativa con algún dato anterior, y poco más.

Como resultado, el ciudadano de a pie se ha habituado a procesar información sin profundizar, a quedarse en la superficie. Es una tendencia social generalizada que observamos en casi cualquier soporte.

Esta superficialidad imposibilita algo fundamental en la comprensión de los fenómenos sociales, pues estos difícilmente se explican mediante una sola variable: en ellos intervienen múltiples factores. Al no profundizar perdemos la capacidad de relacionar temas, de vincular fenómenos, de establecer relaciones causa-efecto. Esta capacidad es la que en definitiva permite priorizar, contestar a la pregunta: ¿qué es y no es importante?, ¿qué está en verdad sucediendo?

En materia económica es donde más se acentúa este problema. Si no sabemos o podemos priorizar, resulta que todo es igualmente importante o bien todo carece de importancia. El espectador frente a la información sobre la crisis se asemeja a un niño pequeño ante un rompecabezas de mil piezas desordenadas sobre la mesa. Todas le parecen iguales, todas parecen importantes. Es similar al puzle de noticias económicas. Podemos hablar de una sobreestimulación que apabulla y que no produce resultados. Hay un exceso de información y un déficit de comprensión.

Esto se agrava más cuando nos centramos en el capítulo de datos y estadísticas. Cada vez copan mayor presencia, en detrimento del comentario y el análisis, los cuales, paradójicamente, se han ido

trasladando a blogs gratuitos o portales especializados. Como los departamentos de redacción han sido adelgazados y reducidos para ajustarse a la bajada de las ventas o ingresos por publicidad, se opta por un recurso fácil y barato: tirar de notas de prensa de agencias y otros organismos oficiales o privados (Banco de España, INE, Eurostat, BCE, FMI, universidades, departamentos de estudios de los distintos bancos...). Echando mano de notas de prensa, fácilmente se llena la página de un diario o los minutos de un boletín. Hubo un tiempo en que leíamos diarios para que los periodistas nos ayudasen a comprender las noticias que oíamos en la calle. Hoy, leemos blogs de gente de la calle para comprender las noticias que «oímos» a través de los periodistas.

El problema es que las notas de prensa son elaboradas por un número elevadísimo de instituciones. Y cada una tiene su propia forma y criterio para elaborar las estadísticas económicas.

Veamos un ejemplo. Estos son algunos de los datos relacionados con la construcción en España publicados a finales de 2012 e inicios de 2013:

- «La vivienda nueva bajó un 6,9 % en 2012 y acumula un ajuste del 33,5 % desde máximos» (*La Vanguardia*, 2 de enero de 2012).
- «El final de la desgravación anima la venta de viviendas en septiembre» (*El País*, 12 de noviembre de 2012).
- «La venta de casas a extranjeros sube un 18 % durante el tercer trimestre» (*El País*, 5 de diciembre de 2012).
- «El número de viviendas libres terminadas cae un 33 % hasta el mes de junio, según Fomento» (*El Mundo*, 12 de diciembre de 2012).
- «La vivienda cerró 2012 con una caída del 11,3 %, cuatro puntos más aguda que hace un año, según Tinsa» (*El Mundo*, 8 de enero de 2013).

Los datos de estas cinco noticias seleccionadas son correctos. El problema es que varían continuamente los horizontes temporales a los que hacen referencia, así como el tipo de vivienda o la fecha desde la que se compara, incluso en un mismo diario. ¡Y eso que son datos solo de unos pocos meses! (además, en este caso, cercanos al mes de diciembre, donde por lo menos los marcos temporales de las estadísticas se unifican gracias al cierre del año). ¡Aun así resulta imposible extraer una conclusión! El modo, frecuencia y tratamiento de los datos imposibilitan cualquier diagnóstico por parte del público.

La alternativa para el lector que busca mayor profundidad en medios convencionales son los suplementos económicos de los diarios o bien la prensa especializada. Pero estos últimos son poco frecuentados por la población general.

Imagine lo mismo en otro campo. Por ejemplo, si nos presentasen datos sobre la evolución de enfermos de cáncer, arrojando un día estadísticas sobre un trimestre *versus* el anterior, otro día el total del semestre y otro día el total del año. En una ocasión agregando los casos de España, pero a la semana siguiente los de cinco comunidades autónomas. Y al mes siguiente se publica una tendencia distinta porque se ocupa únicamente del cáncer de mama, por ejemplo. ¿Qué pensaríamos? Diríamos: «Oigan, dejen de marear a la población y aclárense porque el asunto es serio. ¿Va el cáncer a más, sí o no? Pónganse de acuerdo y unifiquen criterios a la hora de publicar datos, de modo que podamos extraer una conclusión».

¿Por qué no exigimos lo mismo con la economía?

Pues porque «a río revuelto, ganancia de pescadores». Al ser la crisis un asunto de tanta importancia para el lector, se le concede mucho espacio en medios (se sabe que eso ayuda a las ventas de diarios). Si llega a la redacción una noticia que puede capturar la atención de un posible lector, se incluye sin revisar los números

de fechas anteriores, sin comprobar qué publicó ese mismo medio sobre ese tema quince días atrás. No importa. Este es otro rasgo del mundo actual. Solo importa el presente, el momento, el estímulo y el impacto. No hay memoria. Se sabe que a la gente le da igual lo que se dijo ayer. Da lo mismo escribir hoy que la construcción cae y, al cabo de dos semanas, que la venta de viviendas experimenta un repunte. No es que se falsee la información, sino que en un caso se habla de manzanas y en otro de peras, pero no se concluye nada porque el principal objetivo periodístico es la atención que un titular pueda captar.

Vivimos además unos tiempos en los que todo vale. De algún modo, la teoría del caos de las matemáticas se ha trasladado a los fenómenos sociales. Establecer relaciones causa-efecto es tan complejo e intervienen tantos factores que, ante la imposibilidad de explicar completamente un hecho concreto, se opta finalmente por no explicar nada. Dado que el batir de alas de mariposa en Japón puede ser el primer elemento desestabilizador atmosférico que acaba provocando un huracán en Florida, nos dedicamos a recoger y publicar cientos de batidos de ala de mariposa, sin diferenciar si son acontecimientos puntuales o fenómenos explicativos. El hecho de que resulte imposible representar las relaciones causa-efecto totales de los fenómenos no significa que no podamos identificar las primordiales.

En resumen, al ser tanta y diversa la información, que resulta superficial e inconexa y ofrece estadísticas no comparables, se provoca el efecto contrario: en lugar de informar, se produce desinformación. Este fenómeno se ha bautizado como *infoxicación* (neologismo resultante de unir los términos *información* + *intoxicación*, una intoxicación del receptor debido a un exceso de información).

Al ciudadano que no se dedica profesionalmente a la economía le llueven flechas de demasiados indios y desde demasiados ma-

tojos. Por eso la sensación es de incomprensión; estamos demasiado pegados a la actualidad, al dato, a la estadística, a la noticia, a la posibilidad. El resultado es una falta absoluta de perspectiva, que es lo que pretende paliar el texto que el lector tiene entre manos.

Espero que, gracias a este libro, el lector quede inmune a ulteriores «infoxicaciones» económicas cuando en lo sucesivo se enfrente a las noticias económicas que van a seguir inundando nuestros informativos durante todavía unos cuantos años. Y que, sobre todo, pueda comprender mucho mejor los mecanismos que han provocado el gran cambio del que somos protagonistas.

Bajo mi punto de vista, hay tres elementos clave, tres «causas primeras» que, fruto de mi investigación y observación, considero comunes a todos los países a los que el gran cambio ha sumido en recesión. Estos elementos troncales están en el origen de la mayoría de los cambios que estamos viviendo.

Estos tres elementos son superglobalización prematura, neoen-deudamiento y gobernanza negligente. Los tres ocuparán la atención de esta primera parte del libro, dedicando un capítulo a cada uno de ellos. Ahí están las causas originales de todos nuestros males. Ahí está el origen de todo. Cualquier otro hecho o noticia aparecida en prensa es una consecuencia de estos tres elementos.

Que no se alarme aquel que no quería un libro más sobre las causas de la crisis, pues nada más lejos de mi intención que narrar una enésima crónica del crac ni volver a explicar los productos hipotecarios tóxicos, sobradamente conocidos, identificados y publicados en otros libros. Si voy a abordar estos tres elementos clave es porque condicionan las decisiones de cualquier ciudadano, sea como ahorrador, pensionista, trabajador, autónomo, padre de familia o pequeño empresario. No me interesan tanto los porqués, sino deducir cómo estos elementos troncales alteran el medio social y económico, en términos darwinianos, pues necesita-

mos comprender cómo adaptarnos al mismo para sobrevivir (económicamente me refiero, claro).

Estos elementos troncales llevaban tiempo germinando. La superglobalización prematura, el neoendeudamiento descontrolado y la negligencia oficial de la clase dirigente de las potencias occidentales llevan gestándose desde finales de los ochenta. Fueron produciendo cambios: pequeños primero, y grandes después. No cambios coyunturales, sino estructurales, definitivos, que están para quedarse. Y estos cambios no tienen los leves efectos secundarios de un medicamento para la tos, sino que entrañan una modificación social, económica y organizativa de tal envergadura que podemos hablar de una nueva era, una auténtica revolución productiva.

Estos cambios atañen tanto a la industria de bienes y servicios como al propio conocimiento, a la forma en que procesamos información y, en el ámbito geopolítico, a la hegemonía de las naciones, a través de una rapidísima y progresiva reasignación de especializaciones y ventajas competitivas internacionales.

¿Por qué no nos hemos dado cuenta hasta hoy? Pues porque la sociedad no toma verdadera conciencia de que ha sido objeto de un cambio sistémico hasta que se completan tres etapas: introducción, crecimiento y generalización.

Veámoslas brevemente:

En la *primera etapa* los cambios van probándose y, de forma casi experimental e inofensiva, son adoptados por unos pocos adelantados, ya se trate de ciudadanos, familias, empresas o colectivos determinados. La irrupción de un cambio, tecnológico o social, es en estos primeros compases percibida por la sociedad como un hecho marginal. Se le reconoce el valor, pero se considera que está todavía lejos el día en que formará parte de nuestras vidas. De momento, no supone una amenaza.

La *segunda etapa* se produce tras un tiempo en que esos cambios

han ido diseminándose lenta y silenciosamente, alcanzando unos niveles de penetración ya significativos en la sociedad. A partir de aquel momento, se alcanza lo que denominamos *punto de inflexión*, *punto de no retorno* o, en el término acuñado por Malcolm Gladwell, el *tipping point*.<sup>5</sup>

Ahí tiene lugar la *tercera etapa*, la explosión, ese momento a partir del cual un fenómeno está destinado a generalizarse y expandirse como un reguero de pólvora, destruyendo y modificando muchas formas y hábitos sociales sin piedad y provocando, en algunos casos, importantes crisis.

Escojamos cualquier fenómeno. Por ejemplo, la introducción de los móviles (irrupción tecnológica). Es fácil identificar en la adopción del teléfono móvil estas tres etapas. Veamos.

En un inicio los móviles fueron vistos como una *boutade*, incluso como una forma de llamar la atención por parte de unos directivos que querían demostrar su capacidad económica y estar al día. En el año 1995, si un ejecutivo (entonces se los llamaba *yuppies*) utilizaba el móvil al salir del avión, los pasajeros lo observábamos con sorna e incluso nos mirábamos entre nosotros como diciendo: «Qué estupidez». Recuerdo un comentario muy común de aquella época: «¿Qué necesidad hay de llamar para decir que estás llegando si, total, estás a punto de llegar?». Seguro que algún lector recuerda haber realizado un comentario así.

Los móviles fueron extendiéndose en una segunda etapa; cada vez eran más habituales y, progresivamente, dejamos de burlarnos de quien lo utilizaba. No era un producto masivo, pero había dejado de ser algo marginal.

---

5. Malcolm Gladwell, *The Tipping Point. How Little Things Can Make a Big Difference*, 2002. Publicado en español como *La clave del éxito* por la editorial Taurus.

A partir del año 1999 el fenómeno se convirtió en imparable. Incluso lo regalábamos al abuelo, quien abría el paquete ilusionado a pesar de que juró y perjuró que nunca tendría móvil.

Hoy en día, al aterrizar ese mismo avión, la mayoría de los pasajeros hablan a través del móvil e incluso nos extrañamos de que alguien no conecte su móvil al llegar a la terminal.

Hasta que no llega la tercera etapa, no somos capaces de detectar la capacidad destructiva de un fenómeno: no se nos podía pasar por la cabeza que los móviles pudieran sustituir a los teléfonos fijos, y ahora lo vemos como algo totalmente plausible.

Estas mismas etapas pueden aplicarse a un fenómeno no tecnológico, sino puramente social. E incluso de poca trascendencia. Por ejemplo, tomemos la celebración de Halloween en los países europeos, que ha ido desplazando progresivamente la festividad de Todos los Santos. El declive del cristianismo en Europa y el advenimiento de la cultura americana fue haciendo que algunos jóvenes se disfrazasen de zombi en el momento en que el resto de la población iba al día siguiente a llevar flores a los cementerios. En una segunda etapa, empezaron a hacerse visibles en ventanas y puertas algunas inocentes y decorativas calabazas los días cercanos al primero de noviembre. Finalmente, las tiendas de disfraces unieron a las calabazas gorros de bruja, máscaras de esqueleto y ahora, en lugar de castañas, todos los niños salen a pedir caramelos por las casas, como en Estados Unidos. En esta tercera etapa ya vemos como inevitable que la fiesta pagana de Halloween desplace a la religiosa de Todos los Santos.

Ahora comprendemos por qué el gran cambio que estamos viendo no ha sido tan evidente. Al igual que sin apenas darnos cuenta el teléfono móvil o *Halloween* se colaron en nuestras vidas, del mismo modo, sin apenas darnos cuenta, hemos sido objeto de una revolución productiva que ha desembocado en un cambio de era. Estimo que han sido unos treinta años los que se han precisado para que el cambio de era haya sido una realidad.



Estas han sido las tres etapas del cambio de era: en los ochenta arrancó a pequeña escala la globalización y la popularización de la informática. En los noventa, segunda etapa, irrumpieron las nuevas tecnologías, especialmente la llegada de internet. Y entonces aconteció esa tercera etapa final en que lo inofensivo e incluso hasta gracioso se convierte en un fenómeno a gran escala, imparable, sin retorno: una globalización total acelerada por las tecnologías de la información.

A menudo, los finales de era se caracterizan por un último intento a la desesperada de salvar las estructuras que van a desmoronarse, ya que el cambio de era va a provocar a corto plazo grandes perdedores mediante un desplazamiento de riqueza. Una fase final que podríamos llamar de claudicación<sup>6</sup> y que desemboca en grandes crisis.

¿Cuál ha sido nuestra fase de claudicación? Mi opinión es que se inició en el año 2001. Resulta muy llamativo que en ese año se produjeran tantos acontecimientos históricos que impulsaron exponencialmente la globalización, las nuevas tecnologías, el endeudamiento descontrolado y la negligencia política. Entre los hitos históricos de elevado impacto global acontecidos en 2001, destaco los siguientes:

- a) El final de la burbuja tecnológica (en 2001 se produjo el derrumbe definitivo) y el nacimiento de la banda ancha (febrero de 2001).
- b) El atentado de las Torres Gemelas (11 de septiembre de 2001).
- c) Entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (17 de septiembre de 2001).

---

6. Parecida a las fases barrocas finales propias de tantos estilos artísticos.

- d) La renuncia a la política monetaria de los bancos centrales europeos a favor del BCE (31 de diciembre 2001).

Me sorprende que la coincidencia temporal de tantos hechos en un mismo año, todos ellos aceleradores del final de era, no haya sido más abordada por historiadores o economistas.

Esos acontecimientos desencadenaron importantísimas decisiones con nocivos efectos para la economía occidental. El caso más paradigmático es el de la política de endeudamiento, recurso que buscaba postergar lo inevitable, alargar un modelo de crecimiento agotado. Sin ese intento de conservar un *statu quo* tocado de muerte a base de adelantar consumos futuros con deuda presente, la expansiva década 1998-2008 habría sido una época de estancamiento y debilidad para Europa y Estados Unidos. Probablemente habría sido mejor que la crisis se hubiese producido diez años atrás, a finales de los noventa o inicios de siglo, porque el modo en que hemos tratado inútilmente de postergarla ha agravado todavía más la situación. Bastante teníamos con afrontar una revolución productiva como para hacerlo, además, endeudados hasta la médula. Es lo que tienen estas políticas a la desesperada: hacen todavía más traumáticos los grandes cambios de era. Pero se trataba, como digo, del propio agotamiento del sistema. Y en estas agonías, los sistemas suelen agotarse a sí mismos. Veamos brevemente estos cuatro hitos.

### ***Estallido de la burbuja tecnológica y nacimiento de la banda ancha (febrero de 2001)***

A quienes tuvimos la oportunidad de vivir en persona la burbuja tecnológica desde su nacimiento hasta su estallido, nos quedan recuerdos imborrables que harían las delicias de Kafka si hubiera podido novelar sobre tal acontecimiento.

Internet era un nuevo El Dorado, nadie sabía cómo se iba a hacer dinero, cómo los portales iban a materializar en ingresos las visitas de los internautas, ni siquiera si algún día los navegantes se transformarían en clientes. El esfuerzo de saltar de una página web a otra para un usuario era cero. Incluso convirtiendo en dinero la audiencia a través de publicidad o venta de productos y servicios, no estaba claro cómo se iba a mantener vinculado al cliente.

Era una época en la que chavales recién salidos de la universidad desarrollaban un portal determinado y, si la idea era novedosa o nadie había aterrizado en aquel sector, antes de un año el portal era comprado por algún fondo capital riesgo a precios millonarios. Los ejemplos de inversiones ruinosas fueron muchos y variados.

No se tardó en sospechar de la insostenibilidad de los incipientes modelos de negocio digitales. Los portales de nueva creación pedían más dinero a los inversores para adquirir servidores más potentes. Sin embargo, los ingresos por ventas eran ridículos y cuando los fondos de inversión empezaron a dudar, el dinero, que es muy miedoso, se esfumó rápidamente, con pérdidas millonarias para los inversores, corporativos y particulares.

Pero, paradójicamente, el estallido de la burbuja tecnológica constituyó un acelerador de su revolución productiva. En realidad... ¡necesitábamos los hundimientos de las bolsas y de los fondos capital riesgo puramente especulativos!

¿Por qué?

Una nueva era no llega a través de la especulación financiera, sino como consecuencia de cambios en la economía real.

La salida masiva de capitales obligó a convertir los negocios de internet en negocios reales. Ya no podían vivir de inyecciones de capital. Ahora era preciso vivir de sus ingresos, como cualquier otro negocio. Eso obligó a aterrizar los modelos empresariales.

Internet floreció entonces en los sectores donde el comercio electrónico y la publicidad eran verdaderamente capaces de producir beneficios: viajes, banca, ocio, correo electrónico... Ahí es donde internet empezó a cambiar nuestras vidas. Hasta entonces fue puro intercambio de capitales por parte de inversores que tenían poco impacto en la vida real de las personas. En el año 2001 empezó la fase «lógica», si me permiten así decirlo, de internet. Aquella en la que, como cualquier negocio, debían mantenerse por sí mismas, por su propia actividad. En definitiva, ser sostenibles.

En febrero nace la banda ancha. La verdad es que quien recuerde lo que suponía navegar cuando la información discurría por las tradicionales líneas analógicas sabrá que internet no podía haber cambiado el mundo sin incrementos de velocidad de transmisión de la información. Las páginas se descargaban muy despacio, acabando con la paciencia de cualquiera, se interrumpía la comunicación constantemente, propinábamos manotazos a la mesa cuando había que reenviar un correo electrónico que llevaba diez minutos ocupando la línea, y era imposible confiar en una transferencia segura. Operar, comerciar y enviar información era demasiado lento, tedioso e inseguro.

Internet no amenazaba las tareas *offline* porque no era competitiva. De lo que nadie se daba cuenta era de que internet era un Ferrari compitiendo contra todoterrenos en caminos de piedras y tierra, y que en cuanto los caminos fueran autopistas de asfalto, la superioridad de las nuevas tecnologías iba a suponer tal incremento de productividad que acabaría imponiéndose al mundo *offline* en cuanto se secase el alquitrán.

La banda ancha fue el punto de partida de un exponencial aumento de la capacidad, velocidad y seguridad de las líneas de datos. A la par, iba aumentando el número de servidores en el mundo, de internautas, de cuentas de correo, de páginas web...